



*A lo lejos*



HERNÁN DÍAZ

*Traducción del inglés a cargo de  
Jon Bilbao*



IMPEDIMENTA



Título original: *In the distance*

Primera edición en Impedimenta: febrero de 2020

Copyright © Hernán Díaz, 2017

First published in the United States by Coffee House Press, Minneapolis, MN, USA / Translated with permission of Coffee House Press, Minneapolis, MN, USA

Copyright de la traducción © Jon Bilbao, 2020

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2020

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías y Carlos Martínez

Corrección: Ane Zulaika y Luis Villén

ISBN: 978-84-17553-52-4

Depósito Legal: M-40200-2019

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

P. I. El Tormes. Río Ubierna 12-14. 37003 Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Anne y Elsa

El agujero, una estrella abierta a golpes en el hielo, era la única alteración visible en la blanca planicie fundida con el blanco cielo. Ni asomo de viento ni de vida ni de sonido.

Dos manos salieron del agua y tantearon los bordes del anguloso agujero. Los dedos, evaluadores, tardaron unos segundos en escalar las altas paredes de la abertura, que recordaban a los riscos de un cañón en miniatura, y alcanzar la superficie. Una vez sobre el borde, se clavaron en la nieve y tiraron hacia arriba. Apareció una cabeza. El nadador abrió los ojos y miró al frente, hacia la extensión sin horizonte. Tanto su largo cabello blanco como su barba estaban entreverados de mechones pajizos. Ninguno de sus gestos revelaba agitación alguna. Si le faltaba el aliento, el vapor de su respiración resultaba invisible sobre el fondo incoloro. Apoyó los codos y el pecho en la nieve aplastada, y volvió la cabeza.

Alrededor de una docena de hombres impacientes y barbudos, abrigados con pieles y lonas, lo miraban desde la cubierta de la goleta atrapada en el hielo, a unos escasos treinta metros de distancia. Uno de ellos gritó algo que llegó hasta él como un murmullo ininteligible. Risas. El nadador resopló para librarse de una gota que le colgaba de la punta de la nariz. Frente a la rica y detallada realidad de esa exhalación (y de la nieve que crujía bajo sus codos y del agua que chapoteaba contra el borde del agujero), los débiles sonidos provenientes del barco parecían filtrarse desde un sueño. Ignorando los gritos amortiguados de la tripulación y sujeto aún al borde, apartó la vista del barco y miró, de nuevo, el blanco vacío. Sus manos constituían las únicas señales de vida que alcanzaba a ver.

Salió del agujero, tomó la hachuela que había usado para romper el hielo y de pronto se detuvo, desnudo, entrecerrando los ojos ante el cielo brillante y carente de sol. Parecía un Cristo anciano y fuerte.

Tras enjugarse la frente con el dorso de la mano, se inclinó y tomó el rifle del suelo. Solo entonces pudieron apreciarse sus colosales dimensiones, pues no resultaba fácil estimar su tamaño en aquella vacía inmensidad. El rifle no parecía más grande que una carabina de juguete en su mano y, aunque lo sujetaba por el cañón, la culata no alcanzaba el suelo. Con el rifle como referencia, la hachuela apoyada en el hombro resultó ser un hacha. Aquel hombre desnudo era todo lo grande que se puede llegar a ser sin dejar de ser humano.

Observó las huellas que había dejado de camino a su baño helado y las siguió de regreso al barco.

Una semana antes, desoyendo el consejo de la mayoría de su tripulación y de algunos pasajeros francos, el joven e inexperto capitán del Impeccable había puesto proa al estrecho, donde los témpanos de hielo, cementados por una tormenta

de nieve a la que siguió una severa racha de frío, terminaron por aprisionar el barco. Dado que estaban a principios de abril y la tormenta solo había interrumpido fugazmente el deshielo iniciado unas semanas atrás, las consecuencias no fueron más allá de un racionamiento estricto de las provisiones, una tripulación aburrida y molesta, unos pocos mineros contrariados, un funcionario muy preocupado de la Compañía de Refrigeración de San Francisco y la destrucción de la reputación del capitán Whistler. La primavera liberaría el barco, pero también comprometería su misión: la goleta debía cargar salmón y pieles en Alaska, y, a continuación, al haber sido fletada por la Compañía de Refrigeración, debía hacerse con un buen cargamento de hielo para San Francisco, las islas Sándwich y puede que incluso China y Japón. Al margen de la tripulación, la mayoría de los hombres a bordo eran mineros que habían pagado el pasaje con su trabajo; arrancaban a fuerza de explosivos y mazas los grandes bloques de los glaciares, que acto seguido eran transportados al barco y almacenados en la bodega sobre un lecho de heno, bajo una pobre cobertura de pellejos y lonas. Navegar de regreso al sur, surcando aguas cada vez más cálidas, mermaría el cargamento. Alguien había mencionado lo curioso de que un barco de hielo quedara atrapado precisamente en el hielo. Nadie se rio, y el comentario no volvió a repetirse.

El nadador desnudo habría sido incluso más alto si no fuera tan estevado. Pisando nada más que con la parte exterior de las plantas de los pies, como si caminara sobre piedras afiladas, inclinado hacia delante y meciendo los hombros para conservar el equilibrio, se acercó despacio al barco, con el rifle cruzado a la espalda y el hacha en la mano izquierda, y, con tres ágiles movimientos, trepó por el casco, alcanzó la borda y saltó a cubierta.

Los hombres, ahora callados, fingieron apartar la vista, pero no podían evitar mirarlo de reojo. Aunque su manta seguía donde la había dejado, tan solo a unos pasos de él, el nadador se quedó donde estaba, mirando más allá de la borda, por encima de las cabezas de los demás, como si se encontrara solo y el agua de su cuerpo no se estuviera helando lentamente. Era el único hombre de pelo blanco en el barco. Su constitución, castigada y no obstante musculosa, exhibía una delgadez extrañamente robusta. Por fin, se tapó con su manta de retales, que le cubrió la cabeza de un modo monacal, para después encaminarse a la escotilla y desaparecer bajo cubierta.

—¿Y decís que ese pato mojado es el Halcón? —preguntó uno de los mineros, y a continuación escupió sobre la borda y se rio.

Así como la primera carcajada, cuando el alto nadador estaba todavía lejos, en el hielo, había sido un rugido colectivo, esta no fue más que un manso murmullo. Solo unos pocos soltaron unas risitas tímidas, mientras que la mayoría simuló no haber oído el comentario del minero ni haberlo visto escupir.

—Vamos, Munro —suplicó uno de sus compañeros, tirándole suavemente del brazo.

—Pero si hasta camina como un pato —insistió Munro, librándose de la mano de su amigo—. ¡Cuac, cuac, patito! ¡Cuac, cuac, patito! —entonó al tiempo que anadeaba imitando los peculiares andares del nadador.

Esta vez solo dos de sus compañeros se rieron, con cierto disimulo. Los demás se alejaron lo máximo posible del bromista. Unos pocos mineros se reunieron alrededor de la agonizante hoguera que algunos de los tripulantes trataban de mantener encendida en la popa; al principio, el capitán Whistler había prohibido hacer fuego a bordo, pero, en cuanto resul-

tó evidente que permanecerían atrapados en el hielo bastante tiempo, al humillado capitán no le quedó suficiente autoridad para sostener la prohibición. Los hombres de mayor edad formaban parte de un grupo que se había visto forzado a abandonar sus minas en septiembre, cuando el barro comenzó a transformarse en piedra, y ahora estaban tratando de volver a su hogar. El más joven, el único pasajero sin barba, no debía de tener más de quince años. Planeaba unirse a otro grupo de mineros, con la esperanza de hacer fortuna más al norte. Alaska era toda una novedad, y los rumores sobre ella corrían como la pólvora.

De pronto, llegaron gritos agitados desde el extremo opuesto del barco. Munro sujetaba por el cuello a un hombre escuálido, con una botella en la otra mano.

—El señor Bartlett ha tenido la amabilidad de invitarnos a todos a una ronda —anunció Munro. Bartlett hacía muecas de dolor—. De su bodega privada.

Munro tomó un trago, soltó a su víctima e hizo circular la botella.

—¿Es cierto? —preguntó el chico, volviéndose hacia sus compañeros—. Lo que se dice del Halcón. Las historias. ¿Son ciertas?

—¿Cuáles? —replicó un minero—. ¿La de aquellos hermanos a los que mató a mazazos? ¿O la del oso negro de la Sierra?

—Querrás decir el león de montaña —intervino un hombre desdentado—. Era un león. Lo mató con sus propias manos.

A unos pasos, un hombre con un andrajoso abrigo cruzado, que había estado escuchando con disimulo, dijo:

—Una vez fue jefe. En las Naciones Indias. Fue allí donde se ganó su nombre.

Poco a poco, la conversación fue captando la atención de aquellos que se encontraban en cubierta hasta que la mayoría acabaron reunidos en la popa, alrededor del grupo original. Todos tenían una historia que contar.

—La Unión le ofreció su propio territorio, como un estado, con sus propias leyes y todo. Solo para mantenerlo alejado.

—Camina de esa manera tan extraña porque le marcaron los pies con un hierro candente.

—Tiene todo un ejército escondido en la tierra de los cañones, esperando su regreso.

—Su banda lo traicionó, y los mató a todos.

Los relatos se multiplicaron y no tardaron en surgir varias conversaciones simultáneas, que iban aumentando de volumen a medida que los hechos narrados ganaban en audacia y rareza.

—¡Mentiras! —gritó Munro, acercándose al grupo. Estaba borracho—. ¡Todo mentiras! ¡No hay más que mirarlo! ¿Es que no lo habéis visto? Solo es un viejo cobarde. Yo mismo podría acabar con una bandada de halcones en cualquier momento. Como si fueran palomas, ¡acabaría con ellos! ¡Bang, bang, bang! —Disparó al cielo con un rifle invisible—. En cualquier momento. Que venga ese, ese, ese líder bandolero, ese, ese, ese, ese jefe indio. ¡En cualquier momento! Es todo mentira.

La escotilla que conducía al sollado se abrió con un crujido. Todo el mundo calló de golpe. Trabajosamente, el nadador salió a cubierta e, igual que un coloso debilitado, avanzó hacia el grupo como si le costara caminar. Vestía unos pantalones de cuero, una camisa raída y varias capas indefinidas de lana, cubiertas a su vez por un abrigo confeccionado con pieles de lince y coyotes, castores y osos, caribúes y serpientes,

zorros y perros de las praderas, coatíes y pumas, y otras bestias desconocidas. Aquí y allá pendía un hocico, una zarpa, una cola. La cabeza ahuecada de un enorme león de montaña colgaba a su espalda como una capucha. La diversidad de los animales que conformaban el abrigo, así como los diferentes niveles de deterioro de las pieles, daban una idea bastante aproximada del prolongado tiempo que había llevado la elaboración de la prenda, y también de la amplitud de los viajes de su portador. Este sostenía en cada mano la mitad de un tronco.

—Sí —dijo, sin mirar a nadie en particular—. Casi todo es mentira.

Todos se apresuraron a apartarse de la línea invisible que se acababa de trazar entre Munro y el hombre del abrigo de pieles. La mano de Munro se cernía sobre su pistolera, pero él permanecía inmóvil, ahí plantado, con la aturdida solemnidad propia de los borrachos y de los hombres aterrados.

El hombre gigantesco suspiró. Parecía inmensamente cansado.

Munro no se movió. El nadador suspiró de nuevo y de pronto, sin darle tiempo a nadie ni para parpadear, estrelló las dos mitades del tronco, una contra la otra, con un estruendo ensordecedor. Munro cayó al suelo y se encogió allí mismo, formando un ovillo; los demás hombres recularon o alzaron los brazos para protegerse la cara. Una vez que el eco del estallido se apagó y se disolvió en la planicie, todos miraron a su alrededor. Munro seguía en el suelo. Con cautela, levantó la cabeza y se puso en pie. Sonrojado y sin despegar la vista de sus botas, se escabulló detrás de sus compañeros y a continuación desapareció en algún escondrijo del barco.

El titán aún sostenía las dos mitades del tronco en el aire, como si todavía reverberaran; luego se acercó al fuego

agonizante mientras el grupo se dividía a su paso. Sacó del abrigo unos cuantos hilos y jirones de lona alquitranada. Arrojó ese combustible a las brasas, seguido de una de las mitades del tronco, y usó la otra para revolver los carbones antes de echarla también a las llamas, provocando un torbellino de chispas que se elevó hacia el cielo cada vez más oscuro. Cuando el vórtice resplandeciente se hubo extinguido, el hombre arrimó las manos al fuego para calentarlas. Cerró los ojos, un poco inclinado hacia la hoguera. Bajo aquella luz cobriza parecía más joven, y se diría que hasta sonreía de satisfacción; pero a lo mejor no fue más que la mueca que un calor intenso arranca al rostro de cualquiera. Los hombres comenzaron a alejarse de él con su habitual combinación de reverencia y miedo.

—Quedaos junto al fuego —les dijo con calma.

Aquella era la primera vez que se dirigía a ellos. Los hombres vacilaron y se detuvieron, como si sopesaran las opciones, ambas aterradoras, de acceder a su solicitud o desobedecerla.

—Casi todo es mentira —repitió el hombre—. No todo. Pero sí la mayoría. Mi nombre... —dijo, y tomó asiento en un barril. Apoyó los codos en las rodillas y la frente en las palmas de las manos, respiró hondo y después se irguió, cansado pero regio.

Los mineros y marineros se quedaron donde estaban, con la cabeza gacha. Haciendo rodar un barrilito, el chico apareció por detrás del grupo. Lo dejó osadamente cerca del hombre y se sentó. Es posible que el hombre alto asintiera con aprobación, pero fue un gesto tan fugaz y poco perceptible que bien pudo ser una mera inclinación de cabeza sin significado alguno.

—Håkan —dijo el hombre, mirando fijamente el fuego, pronunciando la primera vocal como una u que inmediata-

mente se fundió en una o y, a continuación, en una a, no una tras otra en sucesión, sino en una honda o curva, de modo que por un instante los tres sonidos fueron uno solo—. Håkan Söderström. Nunca he necesitado el apellido. Nunca lo usaba. Y nadie podía decir mi nombre. Ni siquiera hablaba inglés cuando llegué aquí. La gente me preguntaba cómo me llamaba. Y yo respondía: Håkan —dijo, llevándose una mano al pecho—. Ellos preguntaban: ¿Hawk can? ¿El halcón puede hacer qué? ¿Qué puedes hacer? Para cuando aprendí inglés y pude explicarlo, ya era el Halcón.

Håkan parecía dirigirse al fuego, como si no le importara que los demás lo estuvieran escuchando. El chico era el único que estaba sentado. Algunos permanecían en su sitio; otros se habían escabullido hacia la proa o habían abandonado la cubierta. Al final, media docena de hombres se acercaron al fuego con toneles, cajas y fardos sobre los que sentarse. Håkan calló. Alguien tomó una pastilla de tabaco y una navaja, cortó meticulosamente una mascada y, tras examinarla como si fuera una gema, se la metió en la boca. Mientras tanto, los oyentes se congregaron alrededor de Håkan, al borde de sus improvisados asientos, listos para levantarse de un salto en caso de que el humor del gigante virara a la hostilidad. Un minero sacó pan seco y salmón; otro tenía patatas y aceite de pescado. Circuló la comida. Håkan la declinó. Los hombres parecieron relajarse al comer. Nadie decía nada. Finalmente, después de volver a atizar el fuego, Håkan comenzó a hablar. Haciendo largas pausas, y a veces con una voz casi inaudible, siguió hablando hasta la salida del sol,

1. La confusión procede de la similitud fonética, en inglés, del nombre del personaje, Håkan, con las palabras *Hawk can*: «El halcón puede». (*Todas las notas son del traductor.*)

dirigiéndose siempre al fuego, como si sus palabras debieran arder nada más ser pronunciadas. En ocasiones, no obstante, parecía dirigirse al chico.

## I.

Håkan Söderström nació en una granja al norte del lago Tystnaden, en Suecia. La tierra exánime que trabajaba su familia pertenecía a un hombre adinerado al que no habían conocido nunca, aunque periódicamente recaudaba su cosecha a través de un administrador. Con los cultivos mermando año tras año, el propietario había ido apretando el puño, forzando a los Söderström a subsistir a base de setas y bayas del bosque, y anguilas y lucios del lago (donde Håkan, animado por su padre, se aficionó a los baños helados). La mayoría de las familias de la región llevaban vidas similares, y al cabo de escasos años, a medida que los vecinos iban abandonando sus casas, rumbo a Estocolmo o más al sur, los Söderström empezaron a quedarse aislados, hasta perder todo contacto con el resto de la gente, salvo por el administrador, que acudía unas pocas veces al año a recaudar su cuota. El hijo menor y el mayor enfermaron y murieron, lo que dejó solos a Håkan y a su hermano Linus, cuatro años mayor que él.

Vivían como náufragos. Había días en que nadie en la casa pronunciaba una palabra. Los niños pasaban todo el tiempo que podían en el bosque o en las granjas abandonadas, donde Linus contaba a Håkan una historia tras otra: aventuras que afirmaba haber vivido, relatos de proezas supuestamente escuchadas de primera mano a sus heroicos protagonistas y descripciones de lugares remotos que, de algún modo, parecía conocer al detalle. Dado su aislamiento —así como el hecho de que no sabían leer—, la fuente de todos aquellos relatos no podía ser otra que la prodigiosa imaginación de Linus. No obstante, pese a lo descabellado de las historias, Håkan nunca ponía en duda sus palabras. Confiaba en él sin reservas, tal vez porque Linus siempre lo defendía de manera incondicional y no dudaba a la hora de asumir la culpa de sus pequeñas faltas y recibir los golpes correspondientes. Ciertamente es que seguramente Håkan habría muerto de no ser por su hermano, pues este siempre se aseguraba de que tuviera comida suficiente, se las apañaba para mantener la casa caldeada mientras sus padres estaban fuera y lo distraía con historias cuando la comida y el combustible escaseaban.

Sin embargo, todo cambió cuando la yegua se quedó preñada. Durante una de sus breves visitas, el administrador le dijo a Erik, el padre de Håkan, que se asegurara de que todo fuera bien; ya habían perdido demasiados caballos por culpa de la hambruna, y su señor agradecería una nueva incorporación a su mermado establo. Pasó el tiempo, y la yegua engordó de manera un tanto anormal. Erik no se sorprendió lo más mínimo cuando el animal parió gemelos, y, quizá por primera vez en su vida, decidió mentir. Con ayuda de los chicos, despejó un claro en el bosque y construyó un corral secreto; allí llevó a uno de los potros en cuanto se destetó.

Pocas semanas después, el administrador acudió y reclamó a su hermano. Erik mantuvo escondido a su potro, cuidando de que creciera fuerte y sano, y, llegado el momento, se lo vendió a un molinero de un pueblo lejano, donde nadie lo conocía. La noche de su regreso, Erik informó a sus hijos de que partirían hacia América al cabo de dos días. El dinero que había ganado con el potro solo bastaba para pagar dos pasajes. Y, en cualquier caso, él no iba a huir como un criminal. La madre no dijo nada.

Håkan y Linus, que nunca habían visto una ciudad, se apresuraron a llegar a Gotemburgo, donde esperaban pasar uno o dos días, pero apenas tuvieron tiempo de tomar el barco que los llevaría a Portsmouth. Una vez a bordo, dividieron el dinero, por si algo le sucedía a alguno de los dos. Durante esa etapa del viaje, Linus le habló a Håkan de las maravillas que los aguardaban en América. No hablaban inglés, así que el nombre de la ciudad a la que se dirigían era para ellos un talismán abstracto: Nujärk.

Llegaron a Portsmouth mucho más tarde de lo esperado, y todo el mundo se apresuró a embarcar en los botes de remos que los conducirían a tierra. En cuanto Håkan y Linus pusieron un pie en el muelle, se vieron arrastrados por una gran corriente de gente. Iban pegados el uno al otro, casi al trote. De cuando en cuando, Linus se volvía hacia su hermano para instruirlo sobre las rarezas que los rodeaban. Trataban de absorberlo todo mientras buscaban su siguiente barco, que había de zarpar esa misma tarde. Comerciantes, incienso, tatuajes, carros, violines, torres, marineros, almádenas, banderas, vapor, mendigos, turbantes, cabras, mandolina, grúas, malabaristas, cestas, fabricantes de velas, carteles, ramerías, chimeneas, silbidos, órgano, tejedores, narguiles, buhoneros, pimienta, muñecas, peleas, lisiados, plumas, ilusionista, monos, soldados,

castañas, sedas, bailarinas, cacatúa, predicadores, jamones, su-  
bastas, acordeonista, dados, acróbatas, campanarios, alfombras,  
fruta, tendederos. Håkan miró a la derecha; su hermano había  
desaparecido.

Acababan de pasar frente a un grupo de marineros chinos  
que estaban comiendo, y Linus le había contado a su hermano  
un par de cosas sobre su país y sus tradiciones. Después ha-  
bían seguido caminando, embobados y con los ojos abiertos  
de par en par, observando las escenas que se desarrollaban ante  
ellos; entonces Håkan se había vuelto hacia Linus, pero este  
ya no se encontraba allí. Miró a su alrededor, retrocedió so-  
bre sus pasos, cruzó el muro, siguió adelante y regresó al pun-  
to donde habían desembarcado. El bote se había marchado.  
Volvio al lugar donde se habían separado. Se encaramó a una  
caja, sin aliento y tembloroso, llamó a su hermano a gritos y  
contempló el torrente de personas que avanzaba ante él. El  
regusto salado de su lengua se convirtió de pronto en un es-  
tremecimiento paralizante que se propagó por todo su cuer-  
po. Apenas capaz de sostenerse sobre sus trémulas rodillas,  
corrió hacia el muelle más cercano y preguntó por Nujärk a  
unos marineros montados en una lancha. No le entendieron.  
Al cabo de varios intentos, probó con «Amerika». Eso lo en-  
tendieron de inmediato, pero negaron con la cabeza. Håkan  
fue muelle por muelle preguntando por Amerika. Por fin,  
después de varios fracasos, alguien le respondió «América» y  
señaló un bote de remos, y a continuación un barco anclado  
a tres cables de la costa. Håkan se asomó al bote. Linus no  
estaba allí. A lo mejor ya había embarcado. Un marinero le  
ofreció la mano y Håkan subió a bordo.

En cuanto llegaron al barco, alguien le reclamó el dine-  
ro, se lo arrebató y le indicó un rincón oscuro bajo cubier-  
ta, donde, entre literas y baúles y fardos y toneles, debajo de

linternas oscilantes colgadas de vigas y cáncamos, varios grupos de emigrantes ruidosos trataban de hacerse un pequeño hueco en el entrepuente, que olía a repollo y establo, preparándose para el largo viaje que les aguardaba. Håkan buscó a Linus entre las siluetas distorsionadas por la luz parpadeante, abriéndose paso entre bebés dormidos, mujeres macilentas que reían a carcajadas y hombres robustos y llorosos. Cada vez más desesperado, corrió de nuevo a cubierta, entre multitudes que agitaban los brazos y marineros atareados. Los visitantes estaban abandonando el barco. La plancha fue retirada. Gritó el nombre de su hermano. Se izó el ancla; el barco zarpó. La multitud lanzó una ovación.

Eileen Brennan lo encontró medio muerto de hambre y presa de la fiebre pocos días después de zarpar, y ella y su marido, James, un minero de carbón, lo cuidaron como si fuera uno de sus hijos, obligándolo amablemente a comer y atendiéndolo hasta que recuperó la salud. Él se negaba a hablar.

Al cabo de un tiempo, Håkan por fin salió del entrepuente, pero se apartó de toda compañía; se pasaba los días escrutando el horizonte.

Aunque habían salido de Inglaterra en primavera, y para entonces el verano debería estar bien avanzado, cada día hacía más frío. Transcurrieron varias semanas y Håkan seguía negándose a hablar. Entonces, más o menos en las fechas en que Eileen le dio un capote informe que había cosido a partir de diversos harapos, divisaron tierra.

Navegaron hacia unas aguas inusualmente marrones y largaron el ancla frente a una ciudad pálida y baja. Håkan observó los edificios pintados de un rosa y un ocre descoloridos, buscando en vano las referencias que Linus le había

descrito. Varios botes de remos atestados de cajas iban y venían del barco a la costa arcillosa. Nadie desembarcó. Cada vez más preocupado, Håkan le preguntó a un marinero ocioso si aquello era América. Fueron las primeras palabras que pronunció desde que gritara el nombre de su hermano en Portsmouth. El marinero le dijo que sí, que aquello era América. Conteniendo las lágrimas, Håkan le preguntó si estaban en Nueva York. El marinero escrutó los labios de Håkan cuando este volvió a pronunciar aquel engrudo de sonidos líquidos, «¿Nujärk?». Mientras la frustración de Håkan iba en aumento, una sonrisa empezó a ensancharse en la cara del marinero, hasta convertirse en una carcajada.

—¿Nueva York? ¡No! Nueva York no —dijo el marinero—. Buenos Aires.

Y volvió a reír, aporreándose una rodilla con una mano y sacudiendo a Håkan por el hombro con la otra.

Esa tarde, zarparon de nuevo.

Durante la cena, Håkan intentó comunicarse con la pareja irlandesa para averiguar dónde estaban y cuánto tardarían en llegar a Nueva York. Les llevó un rato entenderse, pero al final no quedó lugar para la duda. Mediante señas y con la ayuda de un trocito de plomo con el que Eileen trazó un tosco mapa del mundo, Håkan comprendió que estaban a una eternidad de Nueva York, y que a cada instante que pasaba se alejaban aún más. Supo que navegaban hacia el fin del mundo, para doblar el cabo de Hornos, y luego poner rumbo al norte. Aquella fue la primera vez que oyó la palabra «California».

Después de capear las furiosas aguas del cabo de Hornos, el clima se volvió menos severo, y la ansiedad de los pasajeros, en cambio, creció. Se hicieron planes, se discutieron posibilidades, se formaron sociedades y grupos. En cuanto

comenzó a prestar atención a las conversaciones, Hâkan se dio cuenta de que la mayoría de los pasajeros discutía sobre un único tema: el oro.

Por fin largaron el ancla en lo que parecía ser, extrañamente, un concurrido puerto fantasma: estaba repleto de barcos a medio hundir, saqueados por las tripulaciones, que habían desertado para partir rumbo a las minas de oro. Pero las embarcaciones abandonadas habían sido ocupadas de nuevo e incluso las habían transformado en tabernas flotantes o en tiendas donde los comerciantes les vendían sus bienes a los mineros recién llegados, a cambio de sumas exorbitadas. Esquifes, gabarras y barcas navegaban entre aquellos negocios improvisados, transportando clientes y mercancías. Más cerca de la costa, varios navíos de mayor tamaño se habían ido lentamente a pique, al tiempo que las mareas hacían que sus cascos podridos adoptaran las más caprichosas posiciones. De manera intencionada o no, unos pocos barcos habían embarrancado en aguas poco profundas y se habían convertido en posadas y tiendas, con andamios, cobertizos e incluso anexiones a edificios situados en la costa, llegando así a tierra firme y proyectándose hacia la ciudad. Más allá de los mástiles, se extendía un gran número de tiendas de campaña, con lonas de color pardo encajadas entre casas de madera renegridas por el humo; o bien la ciudad acababa de surgir, o bien parte de ella acababa de venirse abajo.

Solo habían transcurrido unos meses desde que se hicieran a la mar, pero, para cuando atracaron en San Francisco, Hâkan había envejecido años; aquel niño escuálido se había convertido en un joven alto de rostro endurecido, atezado por el sol y el aire salado, fruncido en una permanente mirada de soslayo cargada tanto de duda como de determinación. Había estudiado con gran detalle el mapa que Eileen,

la irlandesa, había trazado para él con el trozo de plomo. Aunque su decisión lo obligaba a atravesar todo el continente, concluyó que el camino más rápido para reunirse con su hermano sería por tierra.